

Tirant, 20 (2017), pp. 147-160

ISSN: 1579-7422

“La hermosa Isabella que presente está” (*Claridoro de España*): la princesa de Éboli y los libros de caballerías

Rocío Vilches Fernández
(Universidad Internacional de La Rioja, UNIR)

RESUMEN

Este trabajo sitúa a la princesa de Éboli en el contexto de la recepción femenina de los libros de caballerías en el siglo XVI. En primer lugar, se revisan su educación y sus hábitos de lectura, los libros de caballerías de la biblioteca de su madre, Catalina de Silva, los que la propia Ana de Mendoza tenía consigo al morir en su palacio de Pastrana y el entorno de lectura caballeresca surgido alrededor de Isabel de Valois y del que la princesa de Éboli forma parte dada su amistad con la reina. Seguidamente, se analiza la aparición de los príncipes de Éboli como personajes en *Claridoro de España*, obra caballeresca en clave. Por último, se apunta la hipótesis de que el único ejemplar conservado del *Claridoro* formase parte de la biblioteca de Diego de Silva y Mendoza, hijo favorito de la princesa de Éboli.

PALABRAS CLAVE

Princesa de Éboli, hábitos de lectura femeninos, lectoras de libros de caballerías, *Claridoro de España*, lectura en clave, libros de caballerías.

ABSTRACT

These pages aim to place the Princess of Éboli in the context of the women's readings of chivalric romances in the sixteenth century. We start by reviewing her education and reading habits, as well as the chivalric romances found in her mother's library, Catalina de Silva, and those books that Ana de Mendoza had with her in her palace of Pastrana when she died. It is also studied the environment of chivalry romances' readings that was developed around the queen Isabel de Valois, provided her friendship with Ana de Mendoza. Then, the appearance of the Ébolis as characters in *Claridoro de España*, *roman à clef*, is analyzed. Finally, we suggest that the only copy of the *Claridoro* was part of the library of the Princess of Éboli's favorite son, Diego de Silva y Mendoza.

KEYWORDS

Princess of Éboli, women's reading habits, women readers of chivalric romances, *Claridoro de España*, *roman à clef*, chivalric romances.

Rebut: 7/04/2017

Acceptat: 9/07/2017

La princesa de Éboli, lectora de libros de caballerías

Ana de Mendoza y de la Cerda, hija de Diego Hurtado de Mendoza y Catalina de Silva y Andrade, nació en Cifuentes (Guadalajara) en junio de 1540. Su figura ha sido objeto de cuantiosos estudios que, con frecuencia, nos han brindado una imagen poco real de doña Ana, envuelta en el misterio y en la bruma de la leyenda en ciertos episodios de su biografía. No obstante, cabe destacar que varios estudiosos, sobre todo en los últimos años, han arrojado luz sobre la vida de un personaje sin duda fascinante del que aún sabemos poco en determinados periodos de su vida¹.

Tal es el caso de sus primeros años, su infancia y su educación². Como indica Dadson (2011a), doña Ana fue educada como una joven noble de la época. Además, al ser hija única, “Ana was educated to be able to make her way in the world as one of the richest heiresses in the country” (Dadson, 2011a: 84). En este sentido, cabe destacar la influencia que probablemente ejercieron en ella su madre y su tía paterna María de Mendoza, dos mujeres muy cultas. En el caso de María de Mendoza, discípula del maestro Álvarez Gómez, tenemos constancia de que varias de sus sobrinas pasaron temporadas con ella. Como señala Vaquero Serrano, “María’s household was a sort of gynaeceum in which a group of Mendoza women lived in an almost exclusively female space, nurturing and supporting one another” (Vaquero Serrano, 2004: 103)³.

Para conocer los libros a los que tuvo acceso la princesa de Éboli en su infancia y juventud, resulta de gran interés examinar la nutrida biblioteca de su madre, doña Catalina de Silva. Gracias al inventario realizado entre finales de 1569 y principios de 1570, cuando la propietaria aún vivía, conocemos los 288 títulos de los que constaba, un número que la sitúa por encima del tamaño medio de una biblioteca de la época, que solía oscilar entre los 70 y los 100 ejemplares. Aunque no tenemos constancia documental de que esta biblioteca pasase a la princesa de Éboli, es lógico pensar que así fuese, pues era la única hija de doña Catalina (Dadson, 2011a).

La biblioteca de Catalina de Silva cuenta con obras de devoción, distintos textos para la formación –tales como gramáticas, diccionarios y libros de poética y retórica–, clásicos grecolatinos y títulos como *La Celestina*, la *Cárcel de Amor* o la *Diana*. Dentro de las obras de ficción resulta destacable la colección de libros de caballerías que atesoraba (Dadson, 2011a: 87-89):

1. *Amadís de Grecia*
2. *Amadís de Gaula*
3. *Primaleón*
4. *Reinaldos de Montalbán*
5. *Tirante el Blanco*
6. *Palmerín de Olivia*

1. Para la vida de la princesa de Éboli, remitimos en primer lugar a Reed y Dadson (2015), autores de la más reciente y completa biografía de doña Ana de Mendoza y de la Cerda. Véase también el valiosísimo corpus documental de la princesa en Dadson y Reed (2013). Asimismo, destacamos trabajos como los de Muro (1877), Ares (2005) y Fernández Álvarez (2010).

2. Véase “Familia, infancia y educación de Ana de Mendoza”, en Reed y Dadson (2015: 37-53).

3. Reed y Dadson afirman que Catalina de Silva y María de Mendoza, “además de ser cuñadas, eran amigas, y formaban parte de un círculo intelectual de hombres y mujeres que se reunía en Toledo para leer juntos poesía en latín, grupo presidido por el poeta y humanista toledano Alvar Gómez” (2015: 46).

7. Dos ejemplares del *Florisel de Niquea*
8. *La primera parte de la cuarta de la crónica de don Florisel de Niquea*
9. *La cuarta de don Florisel de Niquea*
10. *El séptimo libro de Amadís*
11. *Amadís de Gaula, el tercero de volumen*
12. Dos ejemplares de *El caballero de la Cruz*
13. *Amadís de Gaula*
14. *Los cuatro libros de Amadís de Gaula*⁴

Respecto a los libros que pudo poseer la princesa en su biblioteca personal, no tenemos inventarios ni ninguna referencia en la documentación existente. No obstante, sí que sabemos con certeza que cuando la princesa de Éboli falleció en Pastrana tenía consigo los cuatro libros de *Amadís de Gaula* y dos ejemplares del *Florisel de Niquea*. Junto con estos textos caballerescos también se encontraron un ejemplar de *El Cortesano* de Castiglione y dos obras de Ovidio y Virgilio. Todos estos libros aparecen en el inventario de la biblioteca de Catalina de Silva, por lo que quizá procediesen de esta⁵. En cualquier caso, lo más probable es que la princesa tuviese una biblioteca más amplia que la que se encontró a su muerte tras doce años y medio de prisión en Pinto, Santorcaz y Pastrana (Dadson, 2011a).

Catalina de Silva y su hija constituyen un buen ejemplo de la fascinación que la ficción caballeresca ejerció entre el público femenino. A pesar de las críticas de los moralistas, que consideraban que estos libros eran poco edificantes, lo cierto es que gozaron del favor de las lectoras en general, desde reinas y damas nobles hasta mujeres anónimas (Marín Pina, 2011)⁶.

Una etapa de la vida de la princesa de Éboli en la que podemos situarla de nuevo en un entorno de recepción femenina de libros de caballerías es la década de 1560. Aunque se trata de un periodo del que apenas tenemos documentación propia de doña Ana (Dadson y Reed, 2013)⁷, su amistad con Isabel de Valois y con Juana de Austria, esposa y hermana de Felipe II respectivamente, nos ayuda a seguir sus pasos en esos años⁸.

4. “Because some of the editions are referred to as old, we may speculate that they come from the first wave of printing of novels of chivalry in Spain, in the 1530s. Others we may presume are more recent, and come from the next phase of their printing, in mid-century. A number were printed in the 1550s and 1560s in Toledo, where her sister-in-law María de Toledo studied; Catalina no doubt visited her there from time to time, perhaps taking the opportunity to pick up copies of the latest novels” (Dadson, 2011a: 89).

5. Como apunta Dadson (2011a: 98), “it is possible that the three novels of chivalry and her copies of Ovid, Vergil and Castiglione were all that remained to her of her mother’s magnificent library, as they are all to be found there”.

6. Isabel la Católica, Germana de Foix o Santa Teresa de Jesús son algunos ejemplos de mujeres lectoras de libros de caballerías. Los inventarios y testamentos dan cuenta de la posesión de obras de este género por parte de mujeres y los prólogos y dedicatorias atestiguan que en ocasiones estas ficciones iban dirigidas a reinas y damas nobles (Marín Pina, 2011).

7. De los 428 documentos de la princesa de Éboli que publican Dadson y Reed (2013), solamente 6 pertenecen a la década de 1560, y todos ellos son de los años 1568 y 1569. Según los citados editores del corpus documental, hay que tener en cuenta que Ruy Gómez volvió a España en 1559, lo que explicaría una disminución en los intercambios epistolares de doña Ana, aunque, a pesar de ello, señalan que es raro que no haya más documentación.

8. Para la relación entre la princesa de Éboli y la reina Isabel de Valois véase “En la corte de Isabel de Valois, 1560-1568”, en Reed y Dadson (2015: 121-182). Respecto a la relación de doña Ana con Juana de Austria, recordemos que se remonta a una etapa anterior al reinado de Isabel de Valois, el periodo de regencia de la infanta en la corte de Valladolid, ya que la futura princesa de Éboli se alojó en dicha corte durante algún tiempo en ausencia de su esposo. Véase al respecto “Matrimonio *in absentia*: Ruy en Inglaterra y Ana en la corte de Valladolid, 1554-1559”, en Reed y Dadson (2015: 75-120).

En este periodo de la vida de doña Ana, ya casada con Ruy Gómez de Silva y convertida en princesa de Éboli, el alcázar madrileño reúne en torno a la reina a un grupo de mujeres que tiene entre sus aficiones la lectura de libros de caballerías. A la joven Isabel de Valois le gustan la música, el baile, el dibujo, la pintura, el teatro y la lectura (G. de Amezúa y Mayo, 1949)⁹.

Entre las lecturas de la reina ocupan un lugar destacado los libros de caballerías. Tenemos constancia de que en 1563 en la biblioteca de Isabel de Valois había siete obras caballerescas. Estos libros, de los que no se detallan los títulos, son adquiridos junto a otros cuatro de la *Coronica d'España* y cuestan en total 121 reales. Al año siguiente, la esposa de Felipe II añade a su colección caballeresca los cuatro libros de *Amadís de Gaula* en francés al precio de 33 reales, y una de sus damas, Estefanía Manrique, compra para la reina un *Don Florís* –título que Amezúa identifica con el *Florisel de Niquea*– a un precio de 22 reales (G. de Amezúa y Mayo, 1949: I, 246-248). A estos títulos hemos de añadir “cuatro cuerpos de libros de la Ystoria de Amadis” en italiano que también pertenecieron a la reina y se vendieron por 55 reales en la subasta de sus bienes realizada cuando fallece (G. de Amezúa y Mayo, 1949: III/II, 557).

Una clara muestra del entusiasmo de Isabel de Valois por el género caballeresco la encontramos en dos recibos de alquiler de libros de caballerías. Por un lado, en abril de 1567, se indica que hay que pagarle al barrendero Pedro de Valdivieso “doze rreales que an costado çiertos libros de cavallerías que las damas an alquilado” (Bouza, 1996: 41) y, por otro, en un recibo de mayo de ese año se pide que se le paguen al mismo Valdivieso “doze rreales que costó de alquilar un libro del cavallero del febo que tuvieron las damas cierto tiempo” (Bouza, 1996: 41). Es probable que alquilasen este *Febo* porque la segunda edición de *Espejo de príncipes y caballeros* de Ortúñez de Calahorra, de 1562 –también conocida como *El Caballero del Febo* por el nombre de uno de sus protagonistas–, estuviese agotada (G. de Amezúa y Mayo, 1949: I, 247).

Otra de las aficiones de Isabel de Valois es el teatro y nuevamente gracias a los registros de contabilidad de su Casa conocemos la identidad de los cómicos que trabajaron para su entretenimiento en el alcázar madrileño entre julio de 1561 y julio de 1568. En la nómina de autores destacan figuras de la talla de Lope de Rueda y Jerónimo Velázquez¹⁰. También la princesa Juana era muy aficionada a las máscaras y farsas tal y como se desprende del inventario de sus bienes, donde se hallan elementos de atrezo y vestuario para estas representaciones, relacionadas fundamentalmente con el mundo pastoril (Ferrer Valls, 1993: 27). Respecto a la princesa de Éboli, dada su amistad con la reina y con la infanta Juana y teniendo en cuenta que incluso vivió en el alcázar madrileño entre 1564 y 1567, es probable que disfrutase de estos espectáculos teatrales e incluso que tomase parte en los que escenificaban Isabel de Valois y sus damas (Reed y Dadson, 2015: 163-166).

En efecto, la reina y sus damas no solo asisten a espectáculos teatrales sino que ejecutan sus propias representaciones. Es el caso de las máscaras organizadas por Isabel de Valois y Juana de Austria en el alcázar madrileño el día de Reyes de 1564, donde la reina e infanta junto a sus damas compiten con sus invenciones. Entre las de Isabel de Valois destacamos la quinta, puesto que versa sobre un pasaje del *Amadís de Grecia* de Feliciano de Silva, concretamente el episodio en el que el hada Cirfea encanta a Niquea:

9. Para las aficiones de la reina Isabel de Valois, véase “Una reina de España en la intimidad (1560-1568)”, en G. de Amezúa y Mayo (1949: I, 223-289).

10. Véase “Apéndices. VI. Noticias sobre cómicos”, en G. de Amezúa y Mayo (1949: III/II, 515-520).

Hera un encantamento en que estaba el Paraíso de Niquea en esta manera. Estaba un teatro muy hermoso que subían a él por siete gradas, todo hecho con columnas de oro, y todo colgado de brocado y muchos candeleros de oro con velas blancas. Aquí estaban las damas de Niquea todas armadas a lo romano. Estaban dellas durmiendo y otras enclinadas las caveças como que estaban sin ningún cuidado, que parecían estar encantadas; y era un estrado muy alto, y ençima de todo estaba una silla con muchas perlas y piedras y en ella estaba Niquea, la cosa más hermosa que se puede pensar (Ferrer Valls, 1993: 187-188).

Este curioso ambiente caballeresco, que da buena cuenta de los gustos literarios de la reina y su entorno femenino, no es exclusivo al alcázar madrileño. Quizá como referencia a una fiesta de temática caballeresca celebrada en su palacio de Pastrana, se dice de la propia princesa de Éboli que “el tratamiento de su persona y casa era con muchas músicas diferentes y regocijos que de ordinario había, y que era como lo que se escribía en libros de caballería” (Muro, 1877: 171)¹¹.

Los escritores de la época conocen la afición a la literatura de Isabel de Valois y quizá por ello el editor Claudio Bornat le dedica a la reina la publicación de la *Selva de aventuras* de Jerónimo de Contreras en 1565, adjuntando un soneto dirigido a ella (G. de Amezúa y Mayo, 1949: I, 248). Asimismo, algunos autores le presentan a la monarca sus obras con la intención de obtener alguna dádiva. En las cuentas de Isabel de Valois se hallan dos ejemplos de esta labor de mecenazgo: en diciembre de 1561 se le paga a “Vnes (*sic*), de Lerma, clérigo, diez y siete mill maravedis de que Su Magd. le hizo merced por avelle presentado un libro de Sonetos” (G. de Amezúa y Mayo, 1949: I, 343, n. 37) y en noviembre de 1566 a “Nicolas Diez, clérigo, 100 reales de que Su Magd. le hizo merced por avelle presentado un libro” (G. de Amezúa y Mayo, 1949: I, 343, n. 37).

Dado el gusto de la reina por la literatura y, en particular, por los libros de caballerías, cabría la posibilidad de que entre los fondos de su biblioteca figurara también un libro de caballerías, el anónimo *Claridoro de España*, pues se trata de una obra en clave protagonizada precisamente por la reina de Isabel de Valois y en la que la princesa de Éboli también aparece como personaje. La afición de la reina y su entorno femenino por los libros de caballerías y la labor de mecenazgo que acabamos de comentar, junto a la lectura en clave que vamos a desgranar a continuación, nos ayudarán a interpretar y a contextualizar el *Claridoro* (Vilches Fernández, 2013).

La princesa de Éboli, personaje en clave de *Claridoro de España*

Claridoro de España es un libro de caballerías anónimo que se conserva en un único manuscrito en la Biblioteca Nacional de España (Ms. 22.070). Se trata de un libro de caballerías en clave que nos remite al reinado de Felipe II. Los personajes protagonistas, Claridoro y Clera, son un trasunto de Felipe II y su tercera esposa, la princesa francesa Isabel de Valois, y la narración da cuenta de distintos episodios históricos relacionados con la política del denominado Rey Prudente. Dado su papel protagonista y la gran afición que tenía por los libros de caballerías, es posible que el *Claridoro* estuviese dirigido a Isabel de Valois.

11. El citado fragmento pertenece a una carta de febrero de 1583 que el licenciado Ortega envía a Mateo Vázquez. En ella deja constancia de lo que ha visto en Pastrana la mujer del Dr. Muñoz, de Pinto, que había ido a visitar a la princesa en 1582 (Muro, 1877: 171).

Además de los monarcas, distintos miembros del entorno nobiliario de la corte filipina aparecen retratados en este texto en clave y, entre ellos, se encuentran los príncipes de Éboli, convertidos en Lidonio e Isabela. En efecto, y como vamos a ver a continuación respecto al *Claridoro*, los libros de caballerías también se hacen eco de sucesos contemporáneos o de la historia reciente, y esas referencias debieron de ser reconocibles para los lectores de la época. Sin embargo, la lejanía respecto al contexto en que se crearon y el marcado componente fantástico del género caballeresco dificultan al lector contemporáneo la identificación del trasfondo histórico y la lectura en clave de textos como el *Claridoro de España* (Vilches Fernández, 2016).

Veamos a continuación los aspectos más relevantes de la vida de Ruy Gómez y Ana de Mendoza en relación con el retrato en clave que se ofrece de ellos en el *Claridoro*.

El portugués Ruy Gómez de Silva (1516-1573), perteneciente a la baja nobleza, llega a España en 1526 como paje de la emperatriz Isabel y desde entonces permanece en la corte. Cuando nace el príncipe Felipe, Ruy es su compañero de juegos y, pasado el tiempo, llega a ser su sumiller de Corps y su privado.

Ruy es extranjero y carece de títulos nobiliarios. Sin embargo, su cercanía al futuro rey determinará su ascenso social, tal y como sucede gracias a su matrimonio con doña Ana de Mendoza y de la Cerda¹². Para materializar este enlace, el príncipe Felipe cuenta con la ayuda de Juan de Silva, conde de Cifuentes y tío materno de doña Ana, quien ejerce de intermediario y propone a los condes de Mélito el matrimonio de su hija con Ruy Gómez (Muro, 1877: 26)¹³.

Como indica Fernández Álvarez, el principal obstáculo para esta unión era “la disparidad entre ambos linajes: de escaso relieve el del pretendiente portugués y altísimo el de Ana de Mendoza” (Fernández Álvarez, 2010: 33). Sin embargo, Ruy Gómez de Silva contaba con el favor del entonces príncipe de España, y para la familia de la novia este matrimonio conllevaba ventajas políticas y económicas dado el poder del privado portugués (Reed y Dadson, 2015: 61).

Así pues, la propuesta del príncipe es bien acogida y el 18 de abril de 1553 se firman en Alcalá de Henares las capitulaciones para el matrimonio de Ruy, de 37 años de edad, y Ana de Mendoza, de 13. Al leer este documento constatamos que no se trata de unas capitulaciones firmadas por las familias de los contrayentes sino de un acuerdo entre el futuro rey de España y los padres de la novia: “Capitulaciones para el casamiento de Ruy Gómez de Silva con doña Ana de Mendoza, celebradas entre S. A. el Príncipe don Felipe y los Condes de Mélito, padres de esta señora” (Muro, 1877: Apéndices, 5).

Esta intervención personal del príncipe Felipe en el matrimonio de Ruy y Ana no pasa desapercibida en el entorno cortesano. Tan solo unos días después de la firma de las capitulaciones matrimoniales, concretamente el 7 de mayo de 1553, el secretario de Carlos V Juan de Sámano le escribe al también secretario Francisco de Eraso para darle noticia del enlace y no deja dudas sobre el papel del futuro rey de España:

12. En un primer momento, como señala Muro (1877: 25), el príncipe Felipe concertó el matrimonio de Ruy Gómez de Silva con doña Teresa de Toledo, hermana de don Gómez Dávila, Marqués de Velada, pero el proyecto fracasa porque ella se mete a monja.

13. Cabe recordar, como apunta Fernández Álvarez (2010: 33), que los condes de Cifuentes estaban muy vinculados a la corte. Fernando de Silva, el abuelo materno de la princesa de Éboli, había sido mayordomo de Isabel de Portugal y se hizo cargo de las infantas María y Juana en 1539, cuando su padre, Carlos V, se ausentó de España.

Su Alteza ha casado a Ruy Gómez con [la] hija del conde de Mélito, que agora es heredera de su casa, y también lo podría ser de la del conde de Cifuentes; porque no tiene sino un niño y ese bien delicado. La moza es de 13 años y bien bonita aunque es chiquita [...]. Y [...], por hacerle más favor y merced, se salió un día al Pardo, y de allí fue a Alcalá a hallarse en el desposorio, que no fue poco solemnizado (Muro, 1877: Apéndices, 7-8).

En carta del mismo 7 de mayo de 1553, el propio Ruy Gómez informa a Francisco de Eraso de su matrimonio y apunta al favor del monarca al señalar que se ha desposado “con tantas mercedes de Su Alteza y favores que yo, por ser parte, no quiero decir más dellas que dar gracias a Dios” (Muro, 1877: Apéndices, 8).

Meses después, concretamente el 21 de agosto, en otra misiva a Francisco de Eraso, Ruy Gómez matiza que “la merced que Su Alteza me hizo en casarme fue mucha, y la que allá se ha dicho no es tanta” (Muro, 1877: Apéndices, 10), para continuar con una serie de aclaraciones respecto a la renta prometida por el monarca en las capitulaciones matrimoniales.

Esta carta es una prueba muy elocuente de los rumores que circulan sobre la protección que le brinda el futuro rey y que le valdrá incluso el sobrenombre de “Rey Gómez”. Así lo señala, por ejemplo, el embajador veneciano Federico Badoero en su relación de 1557 del reinado de Felipe II: “il titolo principale che gli vien dato è di Rey Gomez e non Ruy Gomez, perchè pare che non sia stato mai alcun privato con principe del mondo di tanta autorità e così stimato dal signor suo come egli è da questa Maestà” (Albèri, 1853: 240).

Llegados a este punto conviene enlazar el paralelismo entre los hechos históricos y el *Claridoro de España*, ya que el afán del futuro Felipe II por casar a Gómez de Silva con Ana de Mendoza y el favor que ello implica es el aspecto en el que más se insiste en la ficción cuando se retrata a los príncipes de Éboli. Estos se convierten en el *Claridoro* en Lidonio de Sicilia e Isabela de Nápoles¹⁴.

En la ficción caballeresca, el príncipe español y Florinaldos llegan a Nápoles y una doncella les informa de la participación del Cavallero de Benus en unos torneos en los que este pretende realizar grandes proezas como muestra de amor a Isabela, princesa de Nápoles. Claridoro y el francés adoptan el seudónimo de Cavalleros de la Ocasión para prestar su ayuda al enamorado, que en realidad es el príncipe Lidonio de Sicilia.

El de España no se limita a participar en los torneos sino que intenta ensalzar al siciliano ante Isabela: “Claridoro iba en lo que podía loando y alavando al de Benus para procurar ber alguna muestra en ella de amor o boluntad” (p. 289). La princesa napolitana resalta el hecho de que su enamorado merezca la intervención de tan alta persona como el príncipe de España, por lo que le pregunta a Claridoro: “¿Y quién es quien tanto merece –dijo ella– que bós le seáis tercero?” (p. 289). Cuando Isabela descubre la identidad del siciliano, insiste en esta mediación y le dice al príncipe español que “no á ganado poco [...] en tener tan buen tercero Lidonio como á tenido” (p. 290).

Una vez que la pareja tiene oportunidad de hablar a solas, Lidonio le da las gracias a la princesa por la merced que le hace, pero ella se apresura a aclarar: “todo esto agradeced a Claridoro, que cierto le devéis más que a mí” (p. 295). Incluso Florinaldos le dice al enamorado caballero, en referencia a la merced que le hace el príncipe, que “quienes tales amigos tiene y tal ángel de guarda todo l’es fácil” (p. 303).

14. Todas las citas del *Claridoro* que se recogen a partir de aquí proceden de la edición del texto de Vilches Fernández (2013). En todas ellas indicamos entre paréntesis el número de página de dicha edición.

Más tarde el español le pide al rey de Nápoles que autorice el matrimonio de su hija Isabela con el príncipe Lidonio:

Pues lo que yo, señor, os pido es que pues conocéis al príncipe Lidonio y su valor en bos está tan adelante, que le caséis con la hermosa Isabella que presente está, vuestra hija señora nuestra, <y> para que ella tenga en parte lo que merece y Lidonio sea hijo y vecino nuestro perpetuo (p. 309).

Si para el conde de Mélito casar a su hija con el privado de Felipe II supone indudables beneficios, el rey de Nápoles de la ficción caballeresca también deja claro que al autorizar el matrimonio de su hija más que cumplir la petición de Claridoro recibe de su parte una inestimable merced:

Quisiera, príncipe esclarecido, que a mí y a mi hija [no] nos estuviera tan bien este negocio como nos está para qu'entendiérades lo que os deseaba servir, mas adonde yo tanto gano no ay qué me agradezcáis y antes parece que os é yo sobornado por mi provecho que no que bos ayáis puesto duda en negocio tan estimado de mi parte. Y no digo yo que Lidonio, hijo mío que p[r]esente está, fuera quien es sino solo con su valor y buestra amistad merecía mucho más. Y así digo que yo lo otorgo y consiento y me tengo por contento y honrado con su persona; y quiero y es mi voluntad que así se aga sin que en ello se pongan más dilaciones por que tan summo bien no se me deslice y se me desconcierte (p. 309).

Los príncipes se casan felizmente, según Lidonio le escribe más tarde al español “con paga tan grande y tan sin merecimiento mío” (p. 333), y seguidamente Claridoro y Florinaldos abandonan Nápoles y ponen rumbo a Francia, donde el español –Felipe II– conoce a su amada Clera –Isabel de Valois. Por tanto, la narración caballeresca sigue un orden cronológico real, ya que el matrimonio de Gómez de Silva y Ana de Mendoza tiene lugar antes de la paz con Francia y la boda de Felipe II con Isabel de Valois.

Por otro lado, la elección de Nápoles como reino de la princesa Isabela y escenario de su matrimonio con Lidonio no parece casual, pues nos remite a títulos y posesiones tanto del padre de doña Ana como de esta y su esposo.

Respecto al rey de Nápoles de la ficción caballeresca, esto es, al padre de Isabela, es necesario ahondar en la vinculación del personaje histórico a quien representa, Diego Hurtado de Mendoza, con el reino de Nápoles. En 1555 el príncipe Felipe nombra a don Diego duque de Francavila. Este ducado “consistía en una ciudad grande y sus alrededores en el reino de Nápoles, más otras villas y tierras pequeñas y dos baronías” (Reed y Dadson, 2015: 68). Asimismo, cabe recordar que en 1558 Ruy Gómez introduce a su suegro en la presidencia del recién creado Consejo de Italia (Spivakovsky, 1977: 14).

En cuanto a la relación de Ana de Mendoza y su esposo con Nápoles, hemos de señalar que, una vez que don Diego es nombrado duque de Francavila, renuncia al título y a las rentas de Mélito y tierras colindantes, también en el reino de Nápoles, y se los cede a su hija y a su yerno, que se convierten así en condes de Mélito (Reed y Dadson, 2015: 68). Finalmente, en 1559, Felipe II les concede a Ruy y a Ana el título por el que serán más conocidos, esto es, el de príncipes de Éboli, que nos remite, precisamente, a una ciudad napolitana¹⁵.

En ese año de 1559, tras la firma de la paz de Cateau-Cambrésis entre España y Francia y el establecimiento de Felipe II en España, primero en Toledo y después en Madrid, Ruy Gómez

15. El príncipe Felipe le había donado la ciudad de Éboli a Ruy Gómez de Silva en 1556 y en julio de 1559, al nombrarlo príncipe de Éboli, eleva la ciudad al estatus de principado y convierte el título en hereditario (Reed y Dadson, 2015: 80).

y Ana de Mendoza se asientan en la corte. Es entonces cuando comienza la relación entre Isabel de Valois y Ana de Mendoza. Rodríguez Salgado afirma que la princesa de Éboli fue “una de las pocas jóvenes españolas con quien la reina se llevó muy bien desde su llegada a España” (Rodríguez Salgado, 2003: 72).

Según se desprende del diario de una dama francesa de Isabel de Valois que informaba puntualmente a Catalina de Médicis, su madre, la relación entre la reina y la princesa de Éboli era muy estrecha:

la Reina trataba con la mayor intimidad a la Princesa de Éboli, la asociaba a todas sus fiestas y diversiones, salía a pasear con ella a caballo por las alamedas de Aranjuez y de Toledo, la asentaba a su mesa cuando la ausencia del Rey permitía alguna derogación a la etiqueta, y pasaba en su compañía largos ratos de conversación familiar (Muro, 1877: 33).

Otra prueba de la amistad y el afecto que existía entre la princesa de Éboli e Isabel de Valois la encontramos en una carta con firma autógrafa de doña Ana. Fechada el 13 de octubre de 1568, se trata de una misiva dirigida a Catalina de Médicis para darle el pésame por la muerte de la reina, su hija, acaecida unos días antes:

la presente ocasión y pérdida de habernos llevado Dios a la reina nuestra señora es tal que no da lugar a que trate de otra cosa sino de la mucha pena y dolor en que su majestad nos ha dejado a todos, especialmente a mí, que por la mucha merced que su majestad me hacía y el amor y afición que me tenía, yo la amaba y deseaba servir tanto que me parece haber quedado del todo huérfana (Dadson y Reed, 2013: 91-92).

Retomando una vez más la narración caballeresca, Isabela, “en extremo hermosa y discreta” (p. 279) le escribe una carta a Clera, antes incluso de conocerla, en la que se queja de la ausencia de Claridoro tras su partida de Nápoles para acudir a París. En ella califica a la francesa de “princesa de la hermosura” (p. 333) y le dice: “quisiera [...] ofreceros mi servicio y amistad, mas como cosa de tan poco valor no oso y así lo dejo a vuestra piedad y grandeza” (p. 334). Más tarde, debido al socorro que Nápoles y Sicilia prestan al reino español en la guerra contra Argel, Isabela se instala en la corte española, donde permanece durante el resto de la obra. Como indicábamos más arriba, la princesa de Éboli fue amiga de Isabel de Valois y de Juana de Austria y llegó a vivir incluso en el alcázar madrileño. La amistad de estas tres mujeres queda reflejada en esta estancia en la corte caballeresca de Clera –Isabel de Valois–, Isabela –la princesa de Éboli– y Rosana –Juana de Austria. A la llegada de Isabela, “los comedimientos fueron muy grandes y con mucho amor” (p. 350). Seguidamente, se enfatiza el afecto entre Isabela y Rosana: “Isabella se fue luego para Rosana y echándola los brazos a cuestras la tubo así por una buena pieza y ablandosse con mucho amor” (p. 350).

La aparición de los príncipes de Éboli en el *Claridoro* contrasta con la de otros nobles de la corte filipina como el duque de Alba. Aunque no nos detendremos en el retrato que se hace de este en la ficción caballeresca por exceder los límites del presente trabajo, es importante reflexionar sobre el tratamiento de estas dos figuras representativas de sendos grupos de poder que obtuvieron la gracia real en distintos momentos, por cuanto nos acerca al momento que se retrata en el texto caballeresco y, por ende, a la fecha de composición de la obra. En la corte filipina podemos distinguir dos importantes grupos de poder enfrentados: el partido “albista”, capitaneado por el III duque de Alba y conformado por los antiguos servidores de Carlos V, y el “ebolista”, surgido en torno a Ruy Gómez y Juana de Austria y encabezado por el príncipe de Éboli. Si los “ebolistas” represen-

tan la universalidad política y la transigencia religiosa, los “albistas” abanderan el castellanismo y la intolerancia en materia de fe (Martínez Millán, 1994).

Tras analizar el papel de los personajes que representan las facciones albista y ebolista en nuestro texto caballeresco, dado el protagonismo de Lidonio e Isabela frente a la discreta aparición del duque de Alba, podemos concluir que nos encontramos ante una etapa de privanza del partido de Ruy Gómez. Este hecho se ve reforzado si, además, tenemos en cuenta que el ficticio duque de Alba actúa en determinados acontecimientos retratados en clave en contra de la que fue su voluntad en la realidad.

Los primeros años del reinado de Felipe II, concretamente entre 1559 y 1564, constituyen la etapa de mayor influencia del príncipe de Éboli. Ante su hostilidad con el duque de Alba, Ruy forja alianzas con Francavilla, Mondéjar, el confesor real y Francisco de Eraso. Este era secretario del emperador y, aunque llegó al poder con el apoyo de Cobos y Vázquez de Molina, no tardó en pasar al partido ebolista (Carlos Morales, 1994). Éboli y Eraso introducen a los personajes afines a su grupo en los distintos consejos y puestos personales de la monarquía. Respecto a Alba, comienzan alejándolo de la corte y para ello convencen al emperador de que lo envíe al norte de Italia con un ejército. Cuando Álvarez de Toledo regresa a España en 1559 cree que se va a incorporar a las funciones de primer consejero del rey. Sin embargo, como indica Maltby, “Alba quedó prácticamente aislado durante los tres años siguientes” (2007: 208). En 1562, muere el mayordomo mayor de Isabel de Valois, el Conde de Alba de Liste, y Álvarez de Toledo asume el cargo de forma transitoria, por lo que cuando el rey elige para el puesto a Juan Manrique de Lara, el duque se siente profundamente decepcionado. Entonces abandona sus obligaciones y se marcha a sus estados para no volver hasta más de un año después.

Sin embargo, en 1565 Ruy Gómez y Eraso pierden la confianza del rey. La política que ambos habían defendido respecto a los Países Bajos había aumentado la herejía y la sedición y en estas circunstancias Felipe II considera conveniente la intervención del duque de Alba para contener la rebelión y evitar un deterioro mayor. El proceso de corrupción de Eraso y su relevo coinciden con el apartamiento temporal de Éboli del Consejo de Estado. A partir de este momento el monarca aleja a Ruy de su círculo más cercano nombrándolo mayordomo del príncipe Carlos y relegándolo a un segundo plano mientras se apoya en el duque de Alba fundamentalmente. Así pues, Álvarez de Toledo es el elegido para asistir a las vistas de Bayona de 1565. Frente al protagonismo militar de los años siguientes, se comprende que Ruy quede oscurecido en el ambiente de la corte (Fernández Álvarez, 2010: 99-100).

En definitiva, la aparición de los príncipes de Éboli en el *Claridoro* nos remite a una etapa de privanza de la facción ebolista y nos lleva a situar el momento retratado en el texto y la composición de este entre los años 1560 y 1564. Así lo demuestran el protagonismo que se les concede a Lidonio e Isabela y su amistad con Claridoro y Clera, trasuntos de Felipe II e Isabel de Valois respectivamente. Lidonio, “este caballero que presente beis aquí” (p. 308), y la hermosa Isabela “que presente está” (p. 309) están efectivamente presentes y lo están doblemente, en el contexto que da lugar a la escritura del texto y en la ficción que los convierte en personajes caballerescos.

Claridoro de España, ¿un libro de caballerías en la biblioteca del hijo favorito de la princesa de Éboli?

Por último, la pieza que completa este mosaico nos lleva a situar el manuscrito del *Claridoro* en la biblioteca del que se considera que fue el hijo favorito de la princesa de Éboli, Diego de Silva, al que incluso parece haber favorecido en detrimento de su hijo mayor, Rodrigo (Reed, 2004). Don Diego de Silva y Mendoza (1564-1630), conde de Salinas y marqués de Alenquer, fue político, diplomático, cortesano y poeta y pasó su vida al servicio de la monarquía española, en concreto durante el reinado de Felipe III y parte del de Felipe IV (Dadson, 2011b).

Diego de Silva residió en Valladolid durante el periodo de estancia de la corte en la ciudad, entre 1601 y 1606, y es muy probable que después volviese de vez en cuando, ya que allí vivía su gran amigo Diego Sarmiento de Acuña, conde de Gondomar, con quien intercambiaba cartas con cierta regularidad. En relación con los libros de caballerías, cabe destacar que Sarmiento de Acuña tenía en su biblioteca de la Casa del Sol una destacable colección de obras de este género (Lucía Megías, 2003).

Durante esta etapa vallisoletana, don Diego de Silva y su esposa, condes de Salinas y Ribadeo, residieron en un palacio en la esquina de la actual calle San Quirce, enfrente del de los condes de Benavente y muy cerca del palacio real. Asimismo, poseyeron una quinta fuera de la ciudad, en Fuentes de Duero, donde se alojó Luis de Góngora durante una temporada en 1603.

Respecto a la biblioteca de don Diego de Silva, conservamos un inventario de 1603 en el que se relacionan los libros que conservaba en su palacio de Valladolid. En él se hace referencia a un libro de caballerías manuscrito sin encuadernar del que no se indica ningún título. La entrada número 145 indica: “Mas vn libro escrito de mano por encuadernar que es de caballerías” (Dadson, 1998: 408)¹⁶.

Es muy probable que este libro de caballerías sea el *Claridoro*, tal y como explicamos seguidamente. En el vuelto del último folio del manuscrito del *Claridoro*, al que después se pegó una hoja de guarda, hay una anotación que nos indica: “Valladolid, a quatro **** de mes de” (369v). Es evidente que esta anotación del nombre de la ciudad y la fecha en el vuelto del último folio conservado del manuscrito debió de realizarse durante la estancia de la obra en Valladolid. Asimismo, para que pudiese tomarse esta nota, el manuscrito tendría que estar necesariamente sin encuadernar, ya que una vez que se le coloca la cubierta de pergamino sobre cartón que tiene actualmente, se pega una hoja de guarda a la cara de este último folio donde se escribe el nombre de la ciudad y la fecha que no podemos leer completa. Así pues, es factible que el *Claridoro de España* sea ese manuscrito catalogado en la biblioteca de Salinas en 1603 como “libro escrito de mano por encuadernar que es de caballerías”.

Pero este no es el único argumento para sostener la identificación del *Claridoro* con el libro de caballerías sin encuadernar de la biblioteca de Salinas. En efecto, la historia del manuscrito caballeresco y la de un manuscrito de poesía de don Diego de Silva nos aportan datos que permiten establecer nuevas conexiones. El *Claridoro* perteneció a la Casa de Astorga-Altamira y, tras la dispersión de los fondos bibliográficos de esta, fue vendido en una subasta en Londres en 1825. Sabemos que dos de sus propietarios fueron los bibliófilos ingleses Richard Heber y Sir Thomas Phillipps (Vilches Fernández, 2013: 17-21). Asimismo, Londres fue el destino de uno de los

16. Véase “La biblioteca del poeta y político Diego de Silva y Mendoza, conde de Salinas (1630)”, en Dadson (1998: 205-214). Para el inventario de dicha biblioteca, remitimos a Dadson (1998: 391-409).

mejores manuscritos de la poesía de don Diego de Silva y Mendoza, donde fue vendido en 1826, muy probablemente procedente también de la Casa de Astorga-Altamira (Dadson, 2008).

Tras la muerte de don Diego, sus bienes pasaron a su único hijo, Rodrigo, casado con Isabel Margarita Fernández de Híjar, duquesa de Híjar. El mencionado manuscrito de poesías originales del conde, copiado por su secretario, Domingo de Sagastiberria, perteneció a la Casa de Salinas-Híjar y fue guardado celosamente junto con otras copias manuscritas de la obra poética de don Diego. Con el paso de los años, y dado el gran número de enlaces matrimoniales entre distintas familias nobles, es posible que los libros de Salinas-Híjar llegaran por caminos diversos a la gran colección Astorga-Altamira (Dadson, 2008).

El manuscrito de poesía de don Diego, que actualmente se encuentra en la Biblioteca Bancroft de la Universidad de Berkeley (California), procede de la fabulosa biblioteca de Sir Thomas Phillipps. Este bibliófilo inglés compró el libro de poesía de Salinas en 1826, junto con otros quinientos manuscritos, al librero londinense Thomas Thorpe. Thorpe había adquirido gran cantidad de obras manuscritas de las colecciones de Juan de Iriarte, Carlos Antonio de la Serna Santander y el marqués de Astorga, y vendió muchos de ellos en una subasta que duró tres días, entre el 2 y el 4 de marzo de 1826. La triple procedencia de las obras vendidas en esta almoneda nos impide afirmar que el manuscrito de Salinas perteneciese a la colección Astorga-Altamira, pero, como afirma Dadson, es probable que así fuese:

Since books, manuscripts and paintings were often included in dowry settlements of daughters who married into another noble family, it is not impossible that one or other of the conjunctions of Silva y Mendoza and Álvarez de Toledo that occurred in the eighteenth century took the Salinas manuscript into the library of the Marquises of Astorga and Counts of Altamira, and from there, via Thorpe, to Sir Thomas Phillipps (Dadson, 2008: 306).

Por tanto, si el *Claridoro* y el manuscrito de la poesía de don Diego de Silva pertenecieron al fondo Astorga-Altamira y ambos fueron vendidos en Londres, es plausible que el manuscrito caballeresco del hijo de la princesa de Éboli fuese el *Claridoro de España*. Retomando la hipótesis de que la obra estuviese dedicada a la reina y teniendo en cuenta la aparición de los príncipes de Éboli como personajes, es probable que el manuscrito que conservamos, que es una copia, perteneciese a doña Ana de Mendoza y pasase a manos de su hijo favorito.

Conclusiones

Tal y como hemos analizado a lo largo de estas páginas, la princesa de Éboli se situó en un entorno de lectura femenina de libros de caballerías, primero en su infancia, con la influencia de su madre, Catalina de Silva, y de su tía paterna, María de Mendoza, y más tarde en el contexto madrileño de la corte, concretamente durante los años de reinado de Isabel de Valois. En sus últimos días, los libros de caballerías seguían presentes en la vida de doña Ana de Mendoza, y es muy probable que los títulos que tenía consigo al morir en Pastrana fuesen solo los últimos que conservaba después de largos años de encarcelamiento y traslados, de Pinto a Santorcaz y, finalmente, de Santorcaz a Pastrana.

Por otro lado, la lectura en clave de *Claridoro de España* cobra todo su sentido a la luz del contexto de recepción caballeresca que existió en torno a Isabel de Valois. Como hemos apuntado anteriormente, dada la afición de la reina a los libros de caballerías y la labor de mecenazgo literario que hemos testimoniado, es probable que el *Claridoro*, texto en el que ostenta el protagonismo

femenino, se escribiese para la monarca, como un regalo o incluso como un encargo realizado por ella misma. La aparición de doña Ana de Mendoza como personaje de esta ficción caballeresca refleja su amistad con la reina, y el retrato que se hace de los príncipes de Éboli ilumina aspectos del matrimonio que el anónimo autor, sin duda cercano a la corte, quiso resaltar y que, como hemos visto, resultan significativos al contrastarlos con el trasfondo histórico.

Finalmente, este retrato en clave de los príncipes de Éboli y la historia del único manuscrito del *Claridoro* que conocemos nos ha permitido establecer la hipótesis de que este haya formado parte de la biblioteca del hijo favorito de la princesa, Diego de Silva y Mendoza.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBÈRI, Eugenio (ed.) (1853), “Relazione delle persone, governo e stati di Carlo V e di Filippo II. Letta in senato da Federico Badoero nel 1557”, en *Le relazioni degli ambasciatori veneti al senato durante il secolo decimosesto* (Serie I. Volume III), Firenze, Società Editrice Fiorentina, pp. 175-330.
- ARES, Nacho (2005), *Éboli. Secretos de la vida de Ana de Mendoza*, Madrid, Algaba (Biografía, 17).
- BOUZA, Fernando (1996), “Leer en palacio. De aula gigantium a museo de reyes sabios”, en María Luisa López-Vidriero y Pedro M. Cátedra (eds.), *El libro antiguo español III. El Libro en Palacio y otros estudios bibliográficos*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca / Patrimonio Nacional / Sociedad Española de Historia del Libro, pp. 29-42.
- CARLOS MORALES, Carlos Javier de (1994), “El poder de los secretarios reales: Francisco de Eraso”, en José Martínez Millán (dir.), *La corte de Felipe II*, Madrid, Alianza, pp. 107-148.
- DADSON, Trevor J. (1998), *Libros, lectores y lecturas. Estudios sobre bibliotecas particulares españolas del Siglo de Oro*, Madrid, Arco / Libros.
- (2008), “Editing the Poetry of don Diego de Silva y Mendoza, Count of Salinas and Marquis of Alenquer”, *Bulletin of Hispanic Studies*, 85/3, pp. 285-332.
- (2011a), “The Education, Books and Reading Habits of Ana de Mendoza y de la Cerda, Princess of Éboli (1540-1592)”, en Anne J. Cruz y Rosilie Hernández (eds.), *Women’s Literacy in Early Modern Spain and the New World*, Aldershot (UK) / Burlington (VT), Ashgate, pp. 79-102.
- (2011b), *Diego de Silva y Mendoza. Poeta y político en la corte de Felipe III*, Granada, Universidad de Granada.
- y Helen H. REED (2013), *Epistolario e historia documental de Ana de Mendoza y de la Cerda, princesa de Éboli*, Madrid / Frankfurt am Main, Iberoamericana / Vervuert (Tiempo Emulado. Historia de América y España, 26).
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel (2010), *La princesa de Éboli* [2009], Madrid, Espasa (Booket, Biblioteca Manuel Fernández Álvarez, 5).
- FERRER VALLS, Teresa (1993), *Nobleza y espectáculo teatral (1535-1622): estudio y documentos*, Valencia, UNED / Universidad de Sevilla / Universitat de València.
- G. DE AMEZÚA Y MAYO, Agustín (1949), *Isabel de Valois, reina de España (1546-1568)*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 5 vols.
- LUCÍA MEGÍAS, José Manuel (2003), “La biblioteca en la Teoría de la lectura coetánea: los libros de caballerías del conde de Gondomar”, en Cristina Castillo Martínez y José Manuel Lucía Megías (eds.), *Decíamos ayer... Estudios de alumnos en honor a María Cruz García de Enterría*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, pp. 251-284.
- MALTBY, William S. (2007), *El Gran Duque de Alba. Un siglo de España y de Europa (1507-1582)* [1983], prólogo de Jacobo Siruela y traducción de Eva Rodríguez Halfter, Girona, Atalanta (Colección Casa de Alba, 18).

- MARÍN PINA, Ma Carmen (2011), “El público y los libros de caballerías: las lectoras”, en *Páginas de sueños. Estudios sobre los libros de caballerías castellanos*, Zaragoza, Institución “Fernando el Católico” (Colección de Letras), pp. 349-375.
- MARTÍNEZ MILLÁN, José (1994), “Familia real y grupos políticos: la princesa doña Juana de Austria (1535-1573)”, en José Martínez Millán (dir.), *La corte de Felipe II*, Madrid, Alianza, pp. 73-105.
- MURO, Gaspar (1877), *Vida de la Princesa de Éboli*, Madrid, Librería de don Mariano Murillo.
- REED, Helen H. (2004), “Mother Love in the Renaissance: The Princess of Éboli’s Letters to Her Favorite Son”, en Helen Nader (ed.), *Power and Gender in Renaissance Spain. Eight Women of the Mendoza Family, 1450-1650*, Urbana y Chicago, University of Illinois Press, pp. 152-176.
- y Trevor J. DADSON (2015), *La princesa de Éboli. Cautiva del rey. Vida de Ana de Mendoza y de la Cerda (1540-1592)*, Madrid, Centro de Estudios Europa Hispánica / Marcial Pons Historia (Los Hombres del Rey).
- RODRÍGUEZ SALGADO, Ma José (2003), “‘Una perfecta princesa’. Casa y vida de la reina Isabel de Valois (1559-1568). Primera parte”, *Monarquía y Corte en la España Moderna. Cuadernos de historia moderna. Anejos*, 2, pp. 39-96.
- SPIVAKOVSKY, Erika (1977), “La Princesa de Éboli”, *Chronica Nova*, 9, 5-48.
- VAQUERO SERRANO, María del Carmen (2004), “Books in the Sewing Basket: María de Mendoza y de la Cerda”, en Helen Nader (ed.), *Power and Gender in Renaissance Spain. Eight Women of the Mendoza Family, 1450-1650*, Urbana y Chicago, University of Illinois Press, pp. 93-112.
- VILCHES FERNÁNDEZ, Rocío (2013), *Edición y estudio de “Historia caballeresca de don Claridoro de España”, libro de caballerías manuscrito inédito*. Tesis doctoral inédita. Universidad de Alcalá.
- (2016), “El trasfondo histórico de los libros de caballerías”, en Constance Carta, Sarah Finci y Dora Mancheva (eds.), *Antes se agotan la mano y la pluma que su historia / Magis deficit manus et calamus quam eius hystoria. Homenaje a Carlos Alvar*, San Millán de la Cogolla, Cilengua, vol. II, pp. 1747-1761.